

PALABRAS, DISCURSO Y TECNOCIENCIA: ANÁLISIS LINGÜÍSTICO Y FILOSÓFICO

ANDONI ALONSO Y CARMEN GALÁN
Universidad de Extremadura

Resumen. La indagación acerca de la tecnociencia como ideología se centra, en este estudio, en una consideración de la función ideológica del lenguaje. Atendiendo a tres niveles, representados por Bacon, Orwell y Poerksen: depuración del lenguaje ligada a intereses ideológico-religiosos; ingeniería lingüística previa a la ingeniería social (técnica como herramienta del poder); y finalmente (Poerksen) análisis del lenguaje modular (diseñado por una élite tecnocrática) que configura el modo de pensar tecnológico propio de nuestro tiempo, con atención especial a la naturaleza y uso de las *plastic words*.

Abstract. The investigation of technoscience as ideology is based on the ideological function of language. It focuses on three levels represented by Bacon, Orwell and Poersksen respectively. That is to say, the refinement of language by ideological-religious interests, the linguistic engineering prior to the social engineering (technology as a tool of power), and finally the analysis of modular language (designed by a technocratic elite) which configures the typical technological way of thinking in present days, and pays special attention to the nature and the use of «plastic words».

INTRODUCCIÓN

Como comienzo, creemos oportuno sentar ciertas premisas para evitar en lo posible malentendidos y confusiones: en primer lugar, no es nuestra intención criticar la ciencia y la tecnología *per se*, sino sólo en un sentido muy concreto: en el peso que socialmente tienen en la actualidad y en su capacidad de transformar las mentalidades en el presente. De esta manera, aunque es posible que se produzcan algunas coincidencias, tratamos de mantener una distancia con respecto a

otros planteamientos críticos hacia la ciencia que surgieron durante los años sesenta en Francia o en EE. UU (por ejemplo el situacionismo, o los enfoques materialistas). Desde luego, no nos declaramos ni anticientíficos ni tecnocatastrofistas; nuestra perspectiva de análisis será fundamentalmente la de un estudio CTS, pues el carácter transfronterizo de este saber, consolidado ya suficientemente, nos permite utilizar disciplinas diversas como la lingüística, la filosofía de la ciencia, o la filosofía de la tecnología. Así mismo, con la diversidad de enfoques se pretende alcanzar un nivel explicativo satisfactorio que no parece factible desde una sola disciplina: por ejemplo, si examinamos la cuestión que nos ocupa exclusivamente con una perspectiva lingüística podrían tratarse tan sólo las vinculaciones entre lengua común y lenguaje científico, la función cognitiva de los procesos metafóricos o la etimología de los términos científico-técnicos. Del empleo del vocabulario de procedencia científica en los discursos políticos se ocuparía la retórica (al menos en su reciente extensión pragmática) y quizá –aunque no es uno de sus objetivos principales– el ACC (Análisis Crítico del Discurso), derivación más «social y crítica» de la Lingüística del Texto.

Dada la limitación de enfoques críticos que impone una única disciplina, pensamos que el trabajo que presentamos puede ser una modesta contribución a los estudios CTS, pues intenta justificar la importancia de la tecnociencia explicando cómo se manifiesta en los discursos sociales, especialmente en el discurso político. Y este es otro de los presupuestos de los que partimos. Consideramos que en el 2001 no se puede hablar con exactitud de ciencia y tecnología como de dos entidades separadas. Es más, desde la percepción social de la ciencia y de la tecnología, tal división resulta muy poco fructífera (quizá, desde enfoques internalistas, la separación tiene sentido y se proponen muchas razones que permiten distinguirlas). Pero –también como afirma Ivan Illich– tal como aparecen actualmente en los medios de comunicación y en los discursos políticos –fundamentalmente el terreno que nos interesa analizar aquí y ahora, en su impacto social–, se presentan unidas. Tal unión no significa una «sinergia» sin más, sino que, proponemos, implica la aparición de una actividad nueva, una institución con sus características propias.

Desde luego, la tarea no deja de tener su dificultad, por varias razones. En primer lugar, determinar las razones por las que la tecnociencia ha supuesto un cambio radical en nuestras formas de vida (de hecho, no existen prácticamente culturas que puedan mantenerse

al margen de tal influencia) resulta un objetivo extremadamente amplio. Por contra, sabemos que el origen de ese cambio se puede delimitar con bastante precisión. Muchos autores coinciden en señalar el nacimiento de la ciencia y de la técnica en la Europa del XVI. Pero en cuatro siglos se suceden con rapidez desplazamientos ideológicos, transformaciones sociales y cambios en las actitudes, tanto individuales como colectivas y muchas veces encontrar ese hilo de Ariadna resulta prácticamente imposible. Aún así, sabemos intuitivamente que, de alguna manera, ese pasado debe estar presente ahora y que actúa todavía. Por otra parte, sabemos también que es difícilmente aceptable que la ciencia y la tecnología se encuentren teñidas de ideologías, aunque también es cierto que últimamente aparecen cada vez más trabajos que indican que esta separación no se puede afirmar de manera tan simple. Y curiosamente, en una época que se declara a-ideológica y a-religiosa, todavía parecería más absurdo empeñarse en encontrar esos elementos que contaminen la pureza de la empresa tecnocientífica. A no ser que la tecnociencia se haya transformado en sí misma en la ideología o en la religión del presente. En tal caso mantener la contaminación ideológica no resultaría tan absurdo. Otra vez indicamos que esta propuesta no significa un ataque a la tecnociencia *per-se*, sino al uso que la tecnociencia tiene en algunos ámbitos sociales, especialmente en los discursos políticos.

Por eso levantamos un tribunal en donde se presenta un caso: la tecnociencia como ideología; pero, para realizar un juicio justo, debemos encontrar ahora las pruebas que muestren nuestra aserción. Para ello vamos a convocar para que declaren a una serie de testigos: Francis Bacon, George Orwell y Uwe Poerksen. Y sabemos que, como autores de este texto, preguntaremos aquello que queremos escuchar pues ¿qué otra cosa hacen los fiscales? También somos plenamente conscientes de que queda a su juicio aprobar o desaprobar la instrucción de nuestro sumario. Y por ello nos someteremos a su juicio último.

Nuestra indagación ha de empezar necesariamente por el lenguaje, pues es ahí donde se encuentran las pruebas para nuestro sumario. Comencemos con una definición poco comprometida de «ideología» identificada con el uso y abuso del lenguaje en un discurso determinado (definición metonímica de los efectos por causas); más simplemente, «ideología» se entiende así como una serie de presupuestos generales o creencias no justificadas, de forma que si otros discursos afirman o describen *lo que es* desde la ideología se propone *lo que ha de ser*.

Este material «futurible», proyecto que hay que realizar, se compone de palabras, oraciones y retórica. Pero no mantenemos necesariamente que la tecnociencia sea una ideología, sino que en determinados contextos sociales puede llegar a serlo, como probablemente esté ya sucediendo en nuestra cultura occidental. Para justificar las razones de nuestra sospecha convocamos a nuestro primer testigo:

FRANCIS BACON

La noción más extendida entre los historiadores y filósofos de la ciencia es que el canciller de Jacobo I y barón de Verulam fue el verdadero padre de la ciencia y tecnología modernas, aunque difícilmente se le pueda considerar como científico, ya que sus contribuciones concretas a la práctica científica no parecen tener demasiado valor (su método de observación no se lleva a efecto). Además, en la mitad de la vorágine que supuso la revolución copernicana, se declaró contrario a ella, a pesar de que posteriormente manifestaría su admiración por Galileo. Resulta curioso que el gran reformador de la ciencia moderna se equivocara tan radicalmente justamente cuando se sentaban las bases del cambio. Y sin embargo, insistimos, se le puede considerar como el padre de la tecnociencia. El mérito principal de Bacon consiste en reformular la ciencia antigua, fundamentalmente contemplativa, hasta convertirla en una ciencia aplicada, basada en la mejora de las condiciones materiales del ser humano, de ahí que concluya la imposibilidad de la teoría pura, si no está respaldada por una práctica. Hay que matizar que no se puede calificar de utilitarista el pensamiento de Bacon: lo que propone es que, en definitiva, experiencia y conocimiento, práctica y teoría coinciden. Esta fusión de contrarios derribó una concepción de la ciencia contemplativa y «logoteórica», en palabras de Gilbert Hottois, que había estado vigente durante 1500 años.

El argumento en el que Bacon sustenta el cambio tiene como punto de partida la crítica a la escasa efectividad del viejo modelo científico. La causa de tan lento progreso es que las construcciones científicas se han convertido en «telas de araña»: conceptos habitualmente utilizados en la teorización («sustancia», «accidente», «esencia» y similares) no coinciden en los diversos autores y, además, son pura palabrería, producciones mentales sin referencia a la realidad. Por eso la enseñanza de los sabios griegos se puede distinguir como «la charla de sabios ociosos con jóvenes ignorantes» (§ 71).

Su proyecto de reforma persigue, pues, dos objetivos: a) la búsqueda de un poder sobre las condiciones materiales que nos rodean, sobre la naturaleza y b) la crítica a la ciencia antigua, especialmente a su lenguaje. Si lo que Bacon desea es una *Instauratio Magna*, necesariamente ha de derribar los prejuicios o errores que sostiene la ciencia antigua. Es precisamente en una parte de este inacabado proyecto, en el *Novum Organum*, donde encontramos las cuestiones que realmente hemos venido a buscar, la teoría de los ídolos, la *pars destruens* de la ciencia antigua. Brevemente recordaremos que Bacon trata cuatro *idola*: *idola tribus* (de la tribu, debido a la constitución humana), *specus* (cueva, en referencia a los prejuicios creados por las circunstancias personales, los amigos, libros y experiencias subjetivas que uno tiene), *idola fori* (mercado) e *idola theatri* (teatro). Nos detendremos en los dos últimos.

Como Bacon señala, los *idola fori* son los más peligrosos de todos porque consisten en palabras que se imponen a la inteligencia e impiden que obre adecuadamente; el lenguaje, entonces, traiciona los datos de nuestros sentidos y tuerce el criterio justo, de ahí que sean el principal obstáculo para una comprensión correcta de la naturaleza, de lo que se ofrece ante nuestros ojos («todas las palabras contienen imperfecciones y errores» (§ 59)). Esto que se puede predicar de todo lenguaje, se acentúa en determinadas ocasiones. A veces empleamos palabras que no tienen concepto, esto es, no designan nada y a veces empleamos palabras que se presentan de forma tan confusa y múltiple—dependiendo del autor que las use—, que casi no significan nada. Las segundas se pueden reconocer por su grado de generalización; cuanto más refieren menos significan. Así Bacon ilustra este hecho con el ejemplo de la creta y la tierra. La primera logra un acuerdo más unánime en cuanto a su significado que la segunda.

Bacon demuestra menos interés por los *idola theatri*, pero algunas de sus características resultan especialmente relevantes para lo que aquí tratamos. Proceden de las diversas doctrinas filosóficas y basan su solvencia en argumentos de autoridad y, aún así, son también elementos perturbadores para el adecuado desarrollo de la ciencia. Pero aquí Bacon introduce una curiosa gradación: esos sistemas filosóficos, cuanto menos significan y menos dicen, más popularidad tienen. Siguiendo a Foción, Bacon concluye: «cuando la multitud los aprueba o aplaude, hay que examinar en el acto en qué han faltado o pecado» (§ 71). La aceptación generalizada de una doctrina filosófica suele ser un indicio de un vacío de contenido. Los *idola theatri* se pueden relacionar directa-

mente con los *idola fori*, en el sentido de que los primeros conformarían la estructura de una teoría compuesta en parte por palabras vacías (*idola fori*). Y además coinciden en que su falta de contenido es al mismo tiempo la razón de su éxito.

Si como hemos señalado anteriormente Bacon no destacó como científico y su propuesta de método de investigación no tuvo éxito ¿por qué es sin embargo tan importante? No fue solamente porque pretendiera una reforma interna de la ciencia para reconducirla hasta la tecnología, sino porque, por encima de todo, se trataba de una *nueva* ideología cargada de motivos religiosos. Bacon declaraba acerca de sí mismo que más que un filósofo era un filántropo y que su finalidad, antes que realizar contribuciones particulares a esta u otra ciencia, era mejorar las condiciones de vida de la humanidad; tal como señala Noble, su ideal era «recuperar la perfección del ser humano», *restaurar* su condición antes del pecado original. Claro es que esta idea no era demasiado novedosa (se encuentra también en otros autores como Escoto Erígena o Hugo de San Victor), aunque sí diferente de la idea de tecnociencia a la que estamos acostumbrados, entendida como un aumento del poder humano, una extensión de las capacidades, al estilo de, por ejemplo, Ernst Kapp o Marshall MacLuhan. Esa diferencia se manifiesta, fundamentalmente, en que la restauración de Bacon es parte del plan divino, y de ahí su insistencia en las exégesis bíblicas. Pero seguir por aquí implica un largo camino, camino que otros grandes autores como Paolo Rossi o Charles Webster ya han recorrido y por ello de nuestro primer testigo solamente necesitamos recordar dos cosas:

- a) La nueva ciencia comienza con una *depuración* del lenguaje científico, esto es desde fuera hacia dentro, desde el lenguaje general al particular. Y éste es un movimiento clave para las tesis iniciales de la tecnociencia.
- b) Los motivos de tal empresa obedecen a un marcado interés ideológico y religioso; no responden a cuestiones internas de la tecnociencia, a su mayor o menor efectividad, sino a todo un *programa*, que, a pesar de irse modificando en el tiempo, señala la existencia de elementos heterogéneos, externos, en su desarrollo.

No es de extrañar así la adhesión de filósofos y científicos al pensamiento baconiano, especialmente en la Ilustración, porque lo que

importa no son sus hallazgos, como ocurre por ejemplo con Newton, sino su cambio radical de perspectiva, su *ideología* de restauración.

GEORGE ORWELL

Nuestro segundo testigo es Georges Orwell, pero la naturaleza de su testimonio es diferente, no en vano lo separan cuatro siglos del *éxito* del programa baconiano avalado por el gran desarrollo tecnocientífico de los siglos posteriores. Una consecuencia de ello es que si antes la cuestión del lenguaje se trataba de lo general –el lenguaje ordinario– a lo particular, ahora se invierte el proceso: surge ahora la posibilidad de aplicar un método tecnocientífico, ingenieril, al lenguaje natural (idea que impulsa, en el fondo, toda propuesta de lenguajes artificiales, como el universal de Wilkins, el esperanto (s. XIX? u otro de esa fecha), volapük o el «Basic English» (ambos del XX). Es posible que el componente religioso se haya evaporado, pero es también muy posible que, de forma subrepticia, la tecnociencia se haya consolidado como la ideología imperante ya desde los tiempos de Georges Orwell. La tecnociencia, cuyo nacimiento ocurre aproximadamente después de la II Guerra Mundial, se extiende rápidamente como forma de vida generalizada. No en vano, uno de los más agudos críticos del lenguaje –Ludwig Wittgenstein– señala en el mismo tiempo que Orwell, que la tendencia del siglo XX, y también uno de sus principales males, es precisamente convertir el mundo –mediante la técnica y a la ciencia– en algo homogéneo, donde todo sea igual. La lengua común, lo que Poerksen o Illich denominan «habla vernácula», sufre esa transformación, paso previo a un cambio de forma de vida.

En 1946 G. Orwell reflejaba en su artículo «Politics and the English Language»¹ la opinión ya extendida de que el lenguaje (en su caso el inglés) se había sumido en una decadencia notable, paralela a la decadencia de la civilización que lo sustentaba. Las razones que explican este declive son de índole política y económica y en absoluto se deben –en opinión de Orwell– a la influencia de las modas impuestas por algunos escritores. Las consecuencias de tal empobrecimiento lingüístico son devastadoras, pues ocurre que los mismos efectos que desencadenan el proceso pueden llegar a convertirse en causas poderosísimas,

¹ El artículo se recoge en el volumen intitulado *Inside the Whale and Other Essays*, Penguin Books, 1957, págs. 143-157.

de forma que se reforzaría la causa originaria para producir el mismo efecto intensificado. Esto es, la lengua habría ido poco a poco perdiendo exactitud y precisión porque nuestra forma de pensar se ha vuelto necia y absurda, con lo que nuestra relación con la lengua es también necia y descuidada. Como muestra de la vaguedad e incompetencia con que se tiñen los discursos, especialmente los políticos, Orwell señala varios «trucos de construcción» tan productivos como vacuos en los que no importa la selección de palabras en virtud de sus significados, sino el empleo de ciertos tópicos o frases producidas previamente por «otros» que se hilvanan entre sí como las piezas prefabricadas con las que se construye un gallinero (pág. 145). El resultado es que el discurso no contiene más que obviedades trilladas y, en el momento en que se mencionan ciertos tópicos, lo concreto tiende a difuminarse en abstracciones muy genéricas y escasamente delimitadas: es el hablar por hablar o el hablar largamente sin nada que decir. Esto es, es traficar constantemente con los «idola theatri».

Algunos de los «trucos» que mencionaba Orwell en 1946 son fácilmente reconocibles en los discursos actuales:

La recurrencia a *metáforas muertas* (metáforas sin poder evocador) que se usan para resolver la dificultad de generar nuevas frases: *talón de Aquiles, pescar en aguas turbulentas, el canto del cisne, trabajar codo con codo por la paz...* El significado de la mayoría de estas expresiones se desconoce absolutamente por lo que a veces incluso se mezclan metáforas incompatibles, buena muestra de que al que las utiliza no le interesa lo que dice, sino tan sólo su capacidad eufónica. Tan escaso interés despierta su poder evocador que es también frecuente que se modifiquen, en un ejercicio ingenuo de etimología popular, como es el caso de la expresión *en olor de multitud* (lo correcto sería *en loor de multitud*).

El «sobredimensionamiento» de los términos evita el problema de seleccionar el sustantivo o verbo apropiados y, al mismo tiempo, «infla» las frases con sílabas extras para dar la impresión de ritmo simétrico. En suma, se trata de eliminar los signos lingüísticos simples para convertirlos en frases: *quedar inoperativo* (no funcionar), *tener el efecto de* (parecer), *servir al propósito de* (servir para)². El mismo proceso

² El mismo alargamiento artificioso se observa en el empleo abusivo de la pasiva. El uso de la voz pasiva es frecuente en inglés, pero lo que creemos que Orwell censura es que en algunas construcciones de este tipo se hayan sustituido las marcas de

afecta también a los enlaces conjuntivos y prepositivos simples sustituidos ahora por expresiones analíticas (*en la hipótesis de que* (si), *con respecto a* (con), *por parte de* (por)).

La dicción pretenciosa, pero deliberadamente vaga y ambigua, se justifica mediante la utilización de palabras sin un sentido claro (*fenómeno, humano, categorial, efectivo, objetivo, elemento, democracia, patriótico, liberal, ciencia, progreso, clase, estructura...*) pero extremadamente útiles para maquillar las declaraciones más simples y así dotar de un aire de imparcialidad científica los juicios más parciales (empleando *idola fori*). En realidad, estos términos se usan de un modo conscientemente engañoso: son tan imprecisas denotativamente que resultan aplicables en cualquier ámbito y a cualquier objeto (tal vez, esta heterogénea atribución es la que se espera que realice el interlocutor); no obstante, el emisor tiene la ventaja (o el poder) de manejar sólo un sentido —el que él mismo ha seleccionado— pero, al mismo tiempo, parece permitir que se interpreten tantas acepciones como posibles receptores (*libertad* tiene tantos sentidos como posturas irreconciliables; es tarea de cada oyente decidir en cuál de todos ellos ha de ser entendida o, mejor dicho, cuál de ellos conviene, según los intereses particulares en ese discurso concreto).

Los discursos que se generan con las técnicas mencionadas anteriormente son mecánicos, recetarios que se limitan a repetir ciertos esquemas prefijados. Como afirma Orwell, el que los profiere «uno puede ser casi inconsciente de lo que está diciendo, casi como cuando se contestan las respuestas en la misa» (...) *may be almost unconscious of what he is saying, as one is when one utters the responses in church* (pág. 153). La incoscienza del decir (puesto que existe un molde previo que sólo hay que rellenar) favorece la proliferación de eufemismos del tipo *pacificación* (bombardeo), *rectificación de fronteras* (expulsión de tierras), *impacto medioambiental* (destrucción ecológica); pero tal fraseología es necesaria si, como parece, se pretende nombrar sin evocar la imagen mental de lo evocado. De ahí que los discursos «se inflen» con estas palabras-piezas multiuso, pues cada una de estas frases preconstruidas «anestesia una parte de la mente» («*anaesthetizes a portion of one's brain*») (pág. 155); en suma, se trata de no pensar o de no

agentividad que aparecían en los gerundios (*by examining*, por ejemplo) por sintagmas nominales en los que la atribución de la autoría (es decir, la responsabilidad de lo dicho o o hecho) se presta a ambigüedad: en un segmento nominal como *by examination* no está muy claro el agente, con lo cual se admiten varias lecturas posibles.

esforzarse por encontrar el término apropiado y permitir, sin más, que sea la sonoridad de una palabra la que erróneamente nos conduzca a atribuirle un significado que no es el que le corresponde: «si pensamos en un objeto concreto –señala Orwell (pág. 156)– lo hacemos sin palabras y, entonces, cuando queremos describir lo que hemos visualizado, probablemente busquemos hasta dar con las palabras exactas que le son más acordes. Si pensamos en algo abstracto nos sentimos más inclinados a usar palabras desde el principio y, a menos que realicemos un esfuerzo por evitarlo, los esquemas fijados de que disponemos harán por nosotros todo el trabajo, a expensas incluso de oscurecer o cambiar el significado». Esto significa que los discursos así contruidos rehuyen la concreción y, en lugar de seleccionar conscientemente los términos por su significado o crear imágenes que clarifiquen los razonamientos, se encadenan largas series de esquemas previamente contruidos que únicamente hay que situar en un orden más o menos fijo. Una vez que se tiene el hábito, los discursos se suceden y encadenan sin dificultad y, ante todo, se pretende una eufonía rítmica, vana sonoridad sin sentido³. Desde luego, esta crítica de Orwell va más allá del deseo de hablar una lengua «pura», correcta, en términos de la Real Academia, al menos como pretenden las denuncias de su expresidente Lázaro Carreter en *El dardo en la palabra*. Hablar de esta manera implica *pensar* deficientemente y *escuchar* este tipo de lengua supone *extender* esta forma de pensar, o, en terminología wittgensteiniana, una forma de vida muy concreta.

Pero el análisis de Orwell no se detiene aquí: la cuestión de la lengua se vuelve clave en su trabajo como escritor, sobre todo en su célebre distopía *1984*. Cuando Orwell escribió sobre la *neolengua* (Newspeak) intentó caracterizar lo que ocurriría si los hablantes trataran de reducir la lengua común a un código muy simple; esto que parecía entonces mera «ciencia-ficción» ha sido 35 años después desarrollado. La previsión de Orwell, desde luego que no con todas sus

³ A pesar de que las advertencias de Orwell son muy ciertas hay quien ha señalado que en esta crítica del discurso subyace una visión apocalíptica próxima a una ideología en su sentido más peyorativo. Freedman, por ejemplo, señala que el rechazo a la generalización entraña una evasión dogmática de toda complejidad, de lo que podría deducirse que Orwell, en el fondo, reivindica una nueva versión del «plain style», denominación con la que han pasado a la historia las tendencias hacia la simplificación idiomática propuestas por la Royal Society en los siglos XVII y XVIII. Vid. Carl Freedman, «Writing, Ideology, and Politics: Orwell's 'Politics and the English Language' and English Composition», *College English*, XLIII, 4 (1981), especialmente las páginas 331-336.

connotaciones políticas, se ha convertido en realidad: el Newspeak y el Uniquack⁴ son lenguas gemelas y son producto de un proceso ingenieril de la lengua, la adopción de mecanismos tecnocientíficos, de planeamiento y diseño. Illich adopta el término Uniquack para denominar la formación de palabras-ameba que por sí solas ni son significativas para denominar ciertas actividades ni indicativas de ciertas formas de pensamiento, a pesar de lo cual sirven para indicar áreas muy extensas de la experiencia. Tanto el N. como el U., a medida que pasan los años, resultan muy útiles para constatar que, a finales del siglo XX lenguas como el francés, el inglés o el alemán, son las mismas entre sí, pero distintas de las lenguas de los primeros tiempos. U y N son neologismos de diferente *status*: sólo el segundo está ya asentado y, desde que lo propuso Orwell para caricaturizar su ingenua creencia en un lenguaje universal se ha convertido en una etiqueta de un complejo y desordenado conjunto de creencias. Hoy se usa básicamente para impulsar, hacer propaganda de la disparatada creencia de que el lenguaje es ya inútil, esto es, que el lenguaje es una simple herramienta que debe afinarse y planificarse como cualquier otra, abandonando lo que en definitiva, son «cuestiones sentimentales» o «emocionales» y buscando su efectividad.

Newspeak es un neologismo transparente. Para Orwell es el retrato ficticio de una distorsión deliberada de un Oldspeak que nunca existió. En esta época de ordenadores que Orwell no conoció, su Newspeak es una siniestra parodia del intento de usar el inglés como un «medio de comunicación» máximamente universal. Esta tendencia ha sido fomentada por el desarrollo del Uniquack: la degradación que ocasiona la «lluvia radioactiva» (fallouts) del discurso científico sobre la lengua común. Y propone usar los dos (p. 108) términos conjuntamente para hablar de ciertos rasgos del lenguaje contemporáneo y escapar, al mismo tiempo, de las objeciones de algunos profesionales sin imaginación, faltos de crítica, superficiales, que han atacado repetidas veces sus teorías; es decir, profesionales; pero no es su intención oponer una visión paranoica de lo que pasa con el lenguaje a la utopía romántica de una lengua vernacular «virgen», sino constatar un hecho que se ha hecho cada vez más visible. Orwell usaba el término en dos niveles, como parodia y como un elemento de su mundo de 1984. Las fuentes de esta parodia lingüística son el Basic English, propuesto por Ogden y la Interglosa, concebida por Hogben. Ambos son intentos de crear un len-

⁴ Fue creado por James Reston.

guaje universal basado en el inglés que contuviera menos de 850 palabras. En 1939 Ezra Pound alababa este inglés como «a magnificent system for measuring extant works (...) an instrument for the diffusion of ideas (...) with advantages (...) obvious to any man of intelligence». Incluso Churchill tuvo la idea de hacerse con el *copyright* para el gobierno. H.G. Wells, en *The Shape of Things to Come*, pinta una utopía en la que la rápida difusión del Basic como lingua franca es «one of the un-anticipated achievements of the twenty-first century».

Basic es un último esfuerzo para estandarizar el habla según un modelo escrito: el lenguaje pasa al alfabeto, se corrige por los gramáticos y se vuelve a poner en circulación bajo esta nueva apariencia. El empeño en que la gente utilice este «artefacto» tiene su historia: Orwell se equivocó en el título de su novela cambiando la fecha, 1948, cuando la tenía completamente terminada: en 1942, Orwell se comprometió con la BBC para promocionar el basic (antes de que comprendiera que sólo podía usarse como un sustituto mecánico y muerto del pensamiento). En este movimiento desde la parodia del Basic hasta la parábola del horror ante las expresiones sin sentido, Orwell revela una nueva dimensión en sus escritos sobre el futuro; estaba impregnado por el género literario de la utopía y conocía perfectamente la función que tales escritores utópicos asignaron al lenguaje: Swift alimentaba a la gente de Laputa con sus «political projectors» constituidos por un lenguaje inventado y simplificado, donde las máquinas escribían libros y se educaba a los niños imprimiendo la lección en barquillos de galletas para que los engulleran. Es el lenguaje el que permite la creación de una sociedad tan extraña como la de *Erewhon* butleriana, donde los términos, y por tanto los valores sociales, se encuentran invertidos por el lenguaje.

Es sintomático que cuando abandona la BBC diga que «one aim of the intellectual totalitarianism cannot be but to make people less conscious». Pero en Orwell la utopía (p. 111) es destructiva y fundamentalmente política: hay un Poder implícito en el estado que es la razón última de todas las cosas; pero el estado debe remitirse constantemente a un libro que se modifica sin cesar. El Poder no está ya más al servicio de la élite, sino que la élite misma está al servicio del poder, que es el libro. Los predecesores de Orwell que escribieron también acerca de utopías donde reinaba la confusión inventaron abusos lingüísticos execrables; Orwell describe una comunicación que se lleva a cabo después de la extinción del lenguaje mismo, la lengua vernácula. Newspeak no es el lenguaje de la distopía, sino la suma de las expresiones

siones sin sentido de Kakitopia 1984. Orwell crea la parábola del ser humano condenado a comunicarse –a menudo mediante un odio organizado– y a hacerlo sin lenguaje humano. Los críticos literarios y los que usan el Newspeak en las conversaciones cotidianas normalmente se refieren a la corrupción del inglés de los propagandistas y al lenguaje ambiguo de los políticos, plagado de neologismos, inflación terminológica; pero el Newspeak de Orwell es algo más siniestro que la proliferación idiota de términos técnicos. Illich ve este Newspeak como algo «cifrado» que ahora se llama «comunicación interpersonal», por la creencia de que los términos con los que describimos las operaciones de los ordenadores son apropiados para lo que ocurre entre dos interlocutores reales. Illich entiende por esta nueva lengua una particular manera de pensar y hablar acerca del lenguaje, una actitud que trata el lenguaje como un sistema y un código. Se trata, en definitiva, de abusar de la metaforización de la máquina para convertir al propio ser humano en máquina. La equiparación hombre-máquina no era totalmente desconocida para Orwell: conocía Frankenstein (Mary Shelley, 1816) y probablemente la hipótesis de Huxley (1874) de que los animales son autómatas (extraída de Descartes). Evidentemente no tenía ni idea de la analogía posterior entre el sistema analógico-digital de los ordenadores y el cerebro humano. Simplemente creó la idea de una comunicación sin sentido ni significado, esto es, acercándose a la pura transacción de señales, como un termostato, logrando así la utopía cibernética de control total.

El testimonio de Orwell resulta especialmente relevante por varias razones. Desde luego, su punto de partida refiere a una serie de *técnicas* que más o menos conscientemente se emplean en el lenguaje, una serie de recursos retóricos que otorgan un «valor añadido» a lo que el hablante dice, una forma de «revalorizar» (son los pequeños trucos o recetas que apana cada cual). Pero en 1984 debemos hablar de «tecnología» en el sentido de que se trata de un esfuerzo sistemático por modificar una aparentemente «herramienta» natural –la lengua común y corriente– en un sistema transformado ingenierilmente. Del mismo modo que la arquitectura vernácula se «profesionaliza», se vuelve materia de expertos, ocurre lo mismo con el lenguaje. Esta ingeniería lingüística tiene como fin la creación de una nueva sociedad, sometida a un designio político concreto, en el caso de 1984, donde, ciertamente, la ideología se hace manifiesta en su más cruda realidad. Estamos lejos de esa forma política dictatorial, y muchos críticos han mostrado cómo tras la caída del muro de Berlín y ya en un nuevo milenio, tal profecía

es en el fondo una caricatura. Y en ello estamos de acuerdo porque, como toda caricatura, debe exagerar los rasgos de lo que retrata, pero para exagerar es necesario preservar un aire de familia. Esta tecnología indica ese poder del 4º poder tan rentable financieramente en el siglo XX y XXI.

El testimonio de Orwell muestra el movimiento contrario al de Bacon; de la ciencia, transformada ahora en tecnociencia, en ingeniería, se pasa a la sociedad, a la «ingeniería lingüística», previa a la social. Por otro lado, la ideología se hace completamente manifiesta, en bloque monolítico; es la idea del poder puro cuya herramienta más poderosa es la tecnología .

Finalmente, el tercero de nuestros testigos es Uwe Poerksen. Poerksen se encuentra en otro corte histórico, en el momento donde se derriba el muro de Berlín y donde se acaba la historia, en palabras de Fukuyama. Aparentemente las ideologías se volatilizan, a no ser que, como señalábamos al principio, y de acuerdo también con el profesor Jarauta, la tecnología se vuelve, en sí misma, una ideología, una suerte de tecnofascismo. Es en la era de Windows 95 donde las cosas adquieren un tinte completamente diferente.

Poerksen propuso en 1988 una clase nueva de palabras a las que denominó en un primer momento «palabras ameba» (*Amoeba Words*)⁵. Su libro *Plastikwörter. Die Sprache einer internationaler Diktatur*⁶ constataba ya en el título la existencia de un léxico internacional que actuaba en las demás lenguas como una imposición dictatorial. Las implicaciones de su trabajo son realmente interesantes; de ser cierta su intuición acerca de este vocabulario internacional, habría que postular entonces la necesidad de una categoría clasificatoria netamente diferenciada que permitiera identificar de forma precisa los cambios experimentados en el lenguaje actual, cambios que, como se ha señalado, provienen en su mayor parte del terreno tecno-científico. Por otra parte, sería también de gran utilidad para reconocer y mostrar la ideología encubierta que se transmite a través de estos términos. En definiti-

⁵ Por respeto a esta clase de animales, las amebas (animales unicelulares caracterizados por su capacidad para variar de forma), Poerksen se decidió por «palabras plásticas» («Plastic Words» o en alemán «Plastikwörter»). La traducción castellana debería ser «palabras plásticas», pero entendiendo «plástico» en su matiz más peyorativo, esto es «palabras de plástico». En adelante las abreviaremos como «PW».

⁶ (Klenn-Cotta, 1988).

va, esta nueva categoría de palabras puede llegar a convertirse en una valiosa herramienta de investigación que permita dar razón de un fenómeno ampliamente constatado (la degradación de lo que el propio Poerksen denomina «habla vernácula» o «habla cotidiana», pero difícilmente identificable a no ser de forma «impresionista», esto es, sin un objeto claro y un método definido.

En la traducción americana de su libro, Poerksen cambió el subtítulo *Die Sprache einer internationaler Diktatur* por *The Tyranny of a Modular Language* y eligió el conocido juego «Lego»⁷ como metáfora básica para su trabajo. El cambio no es insignificante, pues intenta explicar las razones por las que el lenguaje adquiere propiedades de una actividad modular, estandarizada y combinatoria, en la que las piezas tienen un valor dado no por sus características –todas son más o menos iguales o equivalentes– sino por su posición, por lo que hablar significa fundamentalmente construir; construir a partir de algo previo, de una pieza rígida, «producida» por otros –fundamentalmente las élites tecnocráticas– que sirve, «como fabricada en serie», para todas las culturas y lenguas. No podemos evitar relacionar esto con la arquitectura internacional, con el trabajo del primer Le Corbusier.

La idea de entender el lenguaje con la metáfora de un puzzle, o más directamente como el juego Lego, aunque no en estos términos, aparece por primera vez en el símil del mosaico de J. Trier (*Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, 1931), quien sostiene que los términos de una lengua abarcan todo el campo de lo real, como las piezas de un rompecabezas, sin dejar huecos y sin superponerse por lo que cada término o pieza implica una concepción del mundo. Esta idea fue reformulada en parte por A. Matoré (*La méthode en Lexicologie. Domaine français*, 1950); interesado especialmente por el sustrato material, económico, técnico y político del léxico, considera que una sociedad puede ser explicada a través de su léxico. De esta forma, Matoré diferencia «generaciones lingüísticas» definidas cada una de ellas por «palabras-testigo» (neologismos del tipo «honnête-homme») que, como centro de un campo nocional, controlan la creación de otras semejan-

⁷ El «Lego» es el popular juego de construcción nacido en los años 80, consistente en piezas de plástico, se ha convertido en el símbolo para toda una generación (la generación perteneciente a la tercera revolución industrial, la informacional), sustituye al «mecano» (quizás el mejor representante en juegos de la segunda revolución industrial). Véase al respecto *Microsiervos* (Douglas Copland, Ed. B, Barcelona, 1997), donde este juego es el emblema de los «geek», los expertos en programación.

tes. Parece que tanto Trier como Matoré se refieren a un tipo de representación bidimensional, cercano a la fotografía, mientras que la tridimensionalidad sugiere una voluntad «reconstructiva», esto es, reconstruir lo real a partir de esas piezas⁸. Ahora bien, siguiendo con la metáfora de Poerksen, proponemos una hipótesis al respecto: la propiedad constructiva –tridimensional– de las PW las caracteriza de modo sensiblemente distinto al planteado por otras teorías, en el sentido de que la tridimensionalidad refleja un estilo de pensar tecnológico exclusivo de nuestro tiempo. Con esta hipótesis queremos introducir una apreciación que consideramos importante. A lo largo del trabajo se señala el origen científico de las PW –las piezas Lego–, sin embargo su *uso*, el *modo* en que se emplean está más cercano a las soluciones tecnológicas o ingenieriles dado su carácter polivalente y multiuso, como demuestra la experiencia. Las soluciones ingenieriles, al menos las «mejores», tienen precisamente estas características y se fundamentan en soluciones abstractas, de ahí su multivalencia. Esta abstracción ingenieril es precisamente la que propicia otra cualidad definitoria de nuestra época: la estandarización. Si mantenemos el símil industrial, las PW actuarían como atractores, como verdaderos agujeros negros que terminan absorbiendo el significado de las demás palabras; o tal vez como condensadores que concentran el significado de los otros términos que se encuentran en su mismo contexto. Por este motivo en cualquier idioma «suenan» de la misma manera. Frente a ellas, según Poerksen, se encuentra el habla vernácula, caracterizada por el fluir de frases y conversaciones, en las cuales, el significado genérico de los términos se actualiza en relación con el conjunto, esto es, se determina por los demás.

PALABRAS AMEBA O *PLASTIC WORDS*

Poerksen comienza su libro señalando esta propiedad: *Las PW no son nuevas en cuanto a su apariencia, sino en cuanto a cómo se usan*⁹. Así, palabras como «proceso», «progreso», «modernización», «necesidades», «comunicación», «información», «crisis», «desarrollo» crean un cierto consenso acerca de su uso, una atmósfera de «alta tecnología» muy apre-

⁸ De ahí que existan «parques Lego» (Holanda), en donde se reconstruyen ciudades y paisajes completos. Esta idea de reconstrucción de la realidad se encuentra en José Sanmartín *Los Nuevos Redentores*, Anthropos, Barcelona, 1988.

⁹ *Plastic Words are not new in how they look but in how they are used* (pág. 1).

ciada por los políticos y tecnócratas. Sin embargo, forman parte no sólo del discurso de los políticos, sino también del habla cotidiana. Por ejemplo: se está «en crisis», se tienen «ciertas necesidades», mostramos «problemas de comunicación» con los demás, o nuestro «sistema inmunitario» se encuentra «deprimido».

A primera vista, se podría pensar que las PW atentan contra la diversidad lingüística pero, en realidad, no es una cuestión de dominio o primacía de ciertas lenguas sobre otras en ciertos ámbitos. En todo caso, se trataría de una única lengua dominante –el inglés– a través de la cual se difunden determinadas parcelas del léxico. De acuerdo con Poerksen, tal unificación en el vocabulario de las diversas lenguas respecto a una –el inglés–, o dicho de otra manera, la creación de un vocabulario compartido no reúne más de cien palabras. Sin embargo, a pesar de su reducido número, constituyen una verdadera prisión para la percepción del entorno, en el sentido de que, aun cuando filtran parcelas amplísimas de la realidad, la reorganizan a su modo y muy rígidamente, cerrando así el paso a otras posibilidades para organizar la experiencia. Evidentemente, estas palabras existían ya hace tiempo –en su mayor parte proceden de étimos griegos o latinos, pues son términos científicos–, pero han modificado su significado originario. El proceso ocurriría de esta manera: primeramente, casi todas las PW pertenecían a la lengua común; de ahí han pasado a la ciencia –donde adquieren una apariencia de «verdades generales», como ocurrió con «salud» o «desarrollo» en 1800, y desde este dominio regresan al lenguaje común. Sin embargo, en este regreso es donde se produce un efecto multiplicador: ahora son términos autorizados, canonizados, míticos. Como tales, imponen también un «estilo de pensar» comúnmente aceptado que se materializa en acciones particulares, resultado precisamente de esa nueva «percepción» de lo real que ofrecen. Podemos decir que, a diferencia de Orwell, su función y actividad se ha vuelto más sutil. De nuevo, éste es su lado político; en la construcción de un mundo cada vez más industrializado las PW funcionan como piezas o bloques de la armazón o esqueleto de esta nueva concepción/descripción del mundo; pero son, al mismo tiempo que piezas, los agentes de la nueva visión. Por citar algunos ejemplos, «desarrollo» es una PW que *a priori* tiene una connotación positiva, pero también puede utilizarse para destruir una región entera; uno ha de «administrar» correctamente su «sistema inmunológico» y la «información» es el «recurso» más importante de la enseñanza.

PW Y METÁFORAS

Las PW mantienen ciertas similitudes con las metáforas –según Poerksen la proximidad se justifica porque en ambos casos se parte de dos dominios que se comparan–, pero mientras que las metáforas y comparaciones «usuales» son pictóricas –se basan en un tránsito de imágenes en las que la imagen-origen es fácilmente identificable–, las PW no mantienen ningún rasgo que permita reconocer su procedencia. Se han hecho tan omnipresentes que su cualidad de imágenes se ha difuminado y por esto nadie puede evocar pictóricamente qué sea el desarrollo, de ahí que se presenten bajo una nebulosa conceptual, indefinida. Tal como señalaban Bacon y Orwell, en su generalidad se encuentra su ineficiencia a la hora de pensar.

Véase así en los siguientes ejemplos estudiados por Poerksen:

Energía: según Freud la mente equivale a un aparato por el que se distribuye y circula la energía. La intención obvia del símil era acercar la por entonces novedosa teoría psicoanalítica a la claridad de las ciencias naturales. Algunas palabras derivadas de esta concepción freudiana han pasado a la lengua común y así podemos afirmar que la tensión se libera o se almacena, ya sin valor metafórico: se está «tenso», algo es bueno para «liberar tensiones», la acumulación de «tensión» produce «estrés»¹⁰.

Información: aproximadamente hasta 1920 era una abstracción, cuyo significado variaba según los contextos de uso. Básicamente sus significados particulares eran:

Instrucción (área educativa) como modelo de entrenamiento: una *técnica*.

Investigación (área de la jurisprudencia) de cargos, acusaciones contra alguien: un *proceso*, un *procedimiento*.

Novedades, conocimiento de algún asunto.

¹⁰ Illich indica que el estrés (*stress*) refería en un principio a un estado de los materiales, lo que en castellano conocemos perfectamente como «fatiga de los materiales». Después se aplicó a los soldados de la I Guerra Mundial que sufrían la fatiga en el frente. Actualmente se ha convertido en una enfermedad generalizada, internacional, sin definición clara, omniaplicable –desde a los altos ejecutivos hasta a las amas de casa–, por lo que este término podría ser un claro «aspirante» a la categoría de palabra ameba.

Desde los años 70¹¹ estos significados se diluyen e «información» se combina preferentemente con *news* (noticias, novedades que circulan). Pasa de designar un proceso a designar la descripción de un resultado o una clase de objeto. Este cambio se puede observar en expresiones del tipo «para tu información», «la información no es suficiente para mí», «de acuerdo con informaciones aún no confirmadas». En estas expresiones se indican resultados; que es un objeto se aprecia por los verbos que *información* selecciona: se da, se tiene, se almacena, se acumula, se transmite, se intercambia, se revisa, etc. Y forma parte de numerosos compuestos: déficit de información, necesidad de información, carencia de información, avalancha, vacío, contenido de la información.

Una vez que el término adquiere barniz científico se unifica y objetiva: su significado empieza a ser empleado en todos los niveles y se convierte en un *término enfático*, esto es, gracias a sus asociaciones con la ciencia gana el «aura» que mencionábamos anteriormente. En el lenguaje científico, desde el trabajo de Claude Shannon, «información»¹² se usa como opuesto a «redundancia» o a «ruido excesivo e innecesario». En el lenguaje ordinario su uso es en parte similar: frente a los excesos, la información es la parte fundamental del significado de una emisión. Como consecuencia, «información» es superior a «opinión», «sospecha», «intuición», se trata así de un bien, un valor, ya que la persona informada tiene preeminencia.

Pero, si admitimos que el significado es nuevo, cabe preguntarse si también la palabra está usada de forma diferente. Es obvio que es la misma forma significante la que vincula dos esferas distintas (el lenguaje tecno-científico y la lengua común), pero si hay un cambio de significado ¿habría que hablar de dos palabras? Básicamente, una de las diferencias más notables que permitiría mantener esta distinción es que en el lenguaje científico son puras denominaciones –refieren a objetos y procesos nítidamente limitados, como pura descripción–, mientras que en el ordinario actúan como juicios de valor. Se trataría de la conversión de enunciados descriptivos en enunciados prescriptivos. Por ejemplo, en la teoría de la información no tiene sentido asignar un valor negativo a términos como «redundancia» o «ruido», porque forman par-

¹¹ El cambio tiene su origen en la cibernética y en la teoría de la información que han devuelto el término al lenguaje común –con un cambio notable de significado– dotándolo de «dignidad científica» y convirtiéndolo en un objeto.

¹² Por definición, Información equivale a $I(s) = \log_n$.

te intrínseca de la propia información: la redundancia sirve para comprobar el estado del canal y el ruido se puede entender como la «información en bruto», aquella parte de la señal que *todavía* no se ha descodificado. Con ello se quiere indicar que el significado de los términos depende de una teoría general, donde alcanza su descripción y también su límite, mientras que ese marco de referencia preciso se pierde en el habla cotidiana y por ello se produce un desplazamiento hacia el juicio de valor. Esta es la razón por la que mantenemos que, por el modo en que se usan, se trataría de dos palabras diferentes, a pesar de que tengan en común ciertas cualidades.

El significado es estructuración de la experiencia humana y es claro que tal estructuración no puede ser *previa* al lenguaje. También parece indiscutible que tal estructuración está condicionada por las diferentes lenguas, pues éstas no se limitan a ser simplemente un elenco de nomenclaturas que etiquetan cosas –si así fuera, las lenguas sólo diferirían en su parte formal, significante–, sino que las lenguas son redes significativas que materialmente *crean* y *organizan* de modo distinto las experiencias. Esto es, no comprueban o testifican la existencia de algo fuera del lenguaje, sino que imponen sus propios límites (Humboldt, Whorf), y de ahí que cada lengua sea una cultura o, en términos wittgensteinianos, una forma de vida diferente. Qué puede estar más lejos del Basic English alabado por Wells y Pound esta concepción.

También esta es la función de las PW –crear y organizar las distintas experiencias–, pero los resultados son otros. Es cierto que las PW componen un vocabulario internacional cuyo origen –términos del ámbito científico con raíz greco-latina– permite una rápida difusión hasta el punto de que se posibilita la creación de lo que podría denominarse una *koiné* designativa y conceptual. Pero en esta especie de *koiné* –instalada en lo que normalmente se denomina «lengua común»– las PW se utilizan prescindiendo de su facultad designativa. En cierto sentido la pierden, porque son polidesignativas y se convierten en «bienes lingüísticos», «objetos de valor», «mercadería» que circula rápidamente. Por eso resulta sorprendente que, frente al desgaste que sufren los términos usados con desmesurada frecuencia en la lengua de comunicación¹³, en el caso de las PW la reiteración en los discursos es precisamente la constatación de que se han convertido en valores lingüísticos casi universales.

¹³ Es justamente su vacío semántico el que propicia que se conviertan en tópicos o *clitbés*, como ha ocurrido con los sintagmas ya fijados «brutal asesinato», o «pertinaz sequía».

En cierto sentido, entonces, las PW atentarían contra la capacidad organizativa de cada lengua y, en suma, contra la diversidad lingüística; aunque no creemos que haya que pensar en un proceso de colonialización de una lengua en especial sobre las demás¹⁴. Ello ocurre por dos razones básicas: a) el que procedan del latín o del griego resulta irrelevante, puesto que poco o nada tienen ya de relación con sus étimos; y b) aunque es cierto que se difunden a través del inglés —es indiscutible que en nuestro tiempo esta lengua ha alcanzado el status de *lingua franca*—; en última instancia, a los usuarios de estas nuevas palabras ni les interesa la etimología ni el vehículo de propagación. El «bien lingüístico» que poseen consiste en el aura que emanan. Así utilizar un término tecno-científico fuera de su aplicación restringida es un síntoma revelador de una determinada posición social y económica —es la supuesta garantía que nos asegura el acceso o la pertenencia a un grupo privilegiado—; de ahí que no sea la forma significativa la que subyugue —aunque es precisamente a través de su forma como se reconocen—, sino el barniz científico del que se impregnan, a pesar de que su pretendida amplitud significativa no pase de ser una evidente reducción semántica. A las PW se les puede aplicar directamente la tradicional ley lógico-semántica: a medida que los términos ganan en extensión, su intensión disminuye sensiblemente o, dicho de otra manera, aumentan su radio de acción pero disminuyen su significado. De hecho, tal es así que resulta revelador que las PW sean prácticamente intercambiables en determinadas secuencias como las siguientes que proponemos:

Información es comunicación
 Comunicación es intercambio
 Intercambio es una relación
 Una relación es un proceso
 Proceso significa desarrollo
 El desarrollo es una necesidad básica
 Las necesidades básicas son recursos, etc.

He aquí un buen ejemplo de por qué entenderlas bajo la metáfora del Lego. Sin embargo, no todas las PW pueden ser conmutadas tan

¹⁴ No estamos ante una situación similar a la que ocurrió con el francés, considerada la lengua de la elegancia, o el alemán, la lengua filosófica por excelencia, razones por las que emplear palabras provenientes de tales lenguas suponía la elevación del prestigio del hablante.

libremente. Al menos, habría que distinguir dos tipos básicos que cumplan una serie de propiedades combinatorias/ontológicas: las PW_1 a las que calificaremos de «herramienta» por contraste de las PW_2 o términos «objeto».

Dentro de PW_1 incluiríamos las siguientes: «sistema», «estructura», «filosofía», «cultura», «código»... Estas PW_1 muestran la propiedad de ser «términos operadores» en el sentido de que funcionan como herramientas de análisis de la realidad, esto es, la construyen al interpretarla. Son, pues, la parte «agentiva» —forman un «núcleo»— que se expande o complementa en un sintagma donde se especifica el alcance de las operaciones descritas. A todas las PW_1 mencionadas anteriormente —sistema/estructura/código/cultura—, se les puede añadir, por ejemplo, el término *social* para construir así un sistema social, una estructura social, un código social, una cultura social. Lo mismo sucede con otros como, por ejemplo, *política* (sistema político, estructura política, cultura política, etc.). Se trata, en suma, de trasladar a la lengua las herramientas —como activadores, como procedimientos y como delimitadores— que se aplican sobre los objetos científicos para que éstos funcionen. De esta manera las PW serían el equivalente metafórico de tales operaciones. Esta identificación implica varias cosas:

Si las PW_1 son herramientas, los términos a los que se encadenan se entienden como objetos sobre los que actúan, con lo cual, todos los términos que ocupen esta segunda posición se interpretan como «cosas» que pueden ser manipuladas, pues se les aplica una «filosofía», un «código», se entienden como susceptibles de «sistematizarse» o de «estructurarse», etc. Conformarían una suerte de horizonte explicativo, un escenario general donde las PW_2 entrarían en juego.

Las PW_2 o metáforas ontológicas, pueden intercambiarse entre sí con libertad. Es el caso de «desarrollo» o «política» en ejemplos como «cultura del desarrollo» o «cultura política». Al mismo tiempo, diríamos que resultan más particulares que las PW_1 y que, de alguna manera, ofrecen cierta impresión de mayor concreción significativa. Sin embargo, esto no es cierto, y ello se aprecia en su —relativa— flexibilidad combinatoria. De ahí que Poerksen las compare con los discursos automáticos generados en la academia de Lagado¹⁵, como hacía también

¹⁵ En referencia a los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, Anaya, Madrid, 1972. Sin embargo ésta es una comparación que enseguida nos lleva hacia otras experiencias tecnológicas, como la inteligencia artificial, e incluso artísticas, como las del grupo francés

Orwell. Podríamos decir así que las PW_1 y las PW_2 funcionan respectivamente de forma similar a las teorías generales que engloban bien subteorías o proposiciones particulares, aunque con la salvedad que en ambos casos hay que añadir el prefijo «pseudo». No parece descabellado afirmar que nos encontramos con una reedición de los *idola* baconianos.

PW Y EL PROBLEMA DE DESIGNACIÓN

Las diversas propiedades que hemos ido recogiendo de las PW se sintetizan en lo siguiente: desde un punto de vista lingüístico, la designación no coincide nunca con el significado; designamos lo objetivo y particular mientras que el significado pertenece a un plano conceptual. El plano conceptual exige un elevado grado de abstracción que posibilita una recursividad infinita aplicable a toda experiencia, tanto real como imaginada. Gracias a esa recursividad, «caballo» significa el «ser caballo», bien la entidad existente particular (el équido que pasta tras la valla en este momento) o una entidad de ficción que se corresponde vagamente con el animal, tal y como aparecen a veces dibujados en los cuentos infantiles. Sin embargo en las PW estos dos planos se confunden. Dicho de otra forma, en las PW se invierte la relación designación-significado en el siguiente sentido: el procedimiento que empleamos para significar parte de una red conceptual creada *en y por* cada lengua particular y sólo posteriormente se establecen las designaciones (la concreción de la abstracción previa que supone la significación). En las PW se parte directamente de una experiencia previa que, curiosamente, está constituida por elementos lingüísticos ya reificados, con independencia de que estos significaran con anterioridad estados o procesos. Por esta razón, en las PW parece operar una suerte de nominalismo en el sentido de que tales palabras no implican que nos pronunciemos sobre la existencia de las cosas, sino únicamente sobre las denominaciones que las convocan bajo una nueva apariencia.

La pregunta que surgiría entonces sería si las PW crean entidades nuevas o simplemente modifican la forma en que han de ser concebidas. Aunque la interrogación sería irrelevante desde el momento en que hemos de aceptar que todo cambio de designación implica también un

OuLiPo (Ouvrie de Literature Potentielle) y sus procedimientos literarios combinatorios (*Rimbaudelaires*).

cambio en la manera en que son percibidas las entidades a que se refiere. Por consiguiente, es lícito hablar de invención o descubrimiento. De todas maneras, es cuanto menos curioso que el significado pase a un segundo plano *a causa del poder de designación*. Sin embargo ocurre que a mayor heterogeneidad conceptual –son cosas, y este mismo término es el hiperónimo por excelencia– la eficacia con que operan en los discursos es proporcionalmente más elevada, con lo que la precisión y acotación significativas quedan subordinadas a la mera eficacia.

Este modo de operar podría explicarse por la procedencia técnico-científica de las PW. Este lenguaje también parte de las cosas considerándolas en su función de designación de lo real y concentrándose en las cosas mismas que se designan. De ahí que, tanto en el lenguaje tecno-científico como en las PW, la estructuración lingüística del mundo no pueda ser arbitraria, pues está motivada objetivamente. Pero en el caso de las PW la motivación lleva asociado siempre un juicio de valor. Esto supone afirmar que en este caso el lenguaje no es meramente representativo sino que puede proporcionar información sobre las cosas designadas, como ocurre en la ciencia frente a la lengua común: es decir, la ciencia (evidentemente a través del lenguaje) estudia y analiza los objetos como tales y sus enunciados son enunciados sobre objetos (informa sobre ellos); pero en los términos del lenguaje común hay –al mismo tiempo– representación y significado; en absoluto aserción sobre las cosas. Ese aroma

EL LENGUAJE TECNOCIENTÍFICO COMO LITURGIA

La existencia simultánea de estos tres niveles –representación máxima, significado mínimo y aserción inequívoca– en un discurso único nos lleva a considerar este tipo de palabras como las propias de un ritual litúrgico cuya función primordial es el reforzamiento de las creencias y el reclutamiento de nuevos acólitos. Éste es el sentido último que encontramos al término ideología. Parece claro que Bacon instaura la suya propia y que, como reacción, lentamente se van estableciendo diversas críticas, como las de Orwell y las de Poerksen. En el nuevo milenio, el uso de este tipo de retórica, el empleo de determinadas palabras sugiere que su uso debería formar parte de una jerga específica destinada a causar un efecto determinado, que integre estos tres niveles. Por lo tanto no basta con el análisis separado de las PW sino que hemos

de buscar también, parafraseando a Austin, qué se hace con esas palabras, qué resultado último tienen como discurso en la actualidad, que es, al fin y al cabo, lo que realmente nos interesa.

Si es cierto que existe una ideología inmersa que contamina este tipo de retórica, deberíamos pensar que la efectividad que mencionábamos anteriormente, tal como señalaron Orwell y Poerksen, adquiere así una nueva dimensión. Sin duda esto es así en el lenguaje político teñido de PW. Los discursos en favor del desarrollo se caracterizan por la vacuidad significativa y por la adhesión incondicional de los fieles, no siendo posible de esta manera ninguna disensión, no puede existir al respecto más que un pensar unidireccional. Que el «crecimiento» debe ser un objetivo o que la «información» es el valor por excelencia en las sociedades «avanzadas» no puede discutirse, se presentan como verdades fuera de toda duda posible, esto es, se proponen como dogmas: quien se atreva a criticar tales conceptos cometería una auténtica herejía. Esta lógica dogmática lleva a la aparición de construcciones tan interesantes por la misma contradicción que encierran como «desarrollo sostenido»¹⁶, señalado por I. Illich (aunque, claro está, Illich es el hereje del pensamiento del desarrollo por excelencia. La pregunta es si también ocurre lo mismo en su vertiente vernácula. Desde luego, y volviendo a Illich, parece que la creencia común en la actualidad –y empleamos «creencia» con su connotación religiosa también– es que la tecnociencia es la última palabra –sea ameba o no– sobre la naturaleza de las cosas. De ahí que el uso de estas palabras acerque al no iniciado a la jerarquía o élite que –supuestamente– está en contacto con tales misterios: ¿estamos tan lejos de esa sociedad invisible, plagada de masonería y de superstición de la cual se ríe Eco en el *Péndulo de Foucault*, y que precedió a la Royal Society?

Aventuramos tal vez que bajo este tipo de ritual se esconde un cierto tinte de masonería contemporánea, una suerte de alabanza implícita a los ideales de progreso y mejora social, típica de las asociaciones de esa clase (ahora convertidos ya en religión oficial), que en manos de políticos y de expertos, dada las condiciones de un sistema tecnocientífico que basa su éxito en la aceptación multitudinaria.

¹⁶ Carl Mitcham, Ivan Illich *El final de los estudios CTS*, en *Zienza, Tecnología eta Gizartea*, Gaiak, San Sebastián, 1998.